

Hacía mucha falta. Mucha falta un texto que lograra recopilar tanta información sobre el pasado indígena de una región tan especial como la Sierra Nevada de Santa Marta; tan especial pero donde el conocimiento se encuentra disperso y donde existen pocos estudios analíticos que tiendan puentes entre información disímil. No hay duda: un texto como *Las ciudades olvidadas* llena un vacío bibliográfico de gran envergadura.

Existen cientos de relatos de conquista y documentos de la burocracia colonial sobre la búsqueda de santuarios y sobre esfuerzos por poner orden tributario y político sobre las sociedades conquistadas. También disponemos de testimonios relativos a años y años de viajes de etnógrafos y exploradores, así como informes arqueológicos, algunos publicados, otros perdidos en anaqueles, tesis de doctorado, monografías de grado. ¡Tantas decenas e incluso cientos de materiales producidos sobre la Sierra Nevada de Santa Marta! Sin embargo, pocos esfuerzos se han hecho por articular todo ese cúmulo de información en un solo texto, rico en referencias, abundante en sugerencias e interpretaciones. Ese es, sin lugar a dudas, el mérito del libro que el lector tiene en este momento en sus manos.

Nayibe Gutiérrez Montoya afirma haber invertido seis años en este monumental trabajo, pero parece que hubieran sido más. A lo largo del libro, la autora discute los aspectos más relevantes relacionados con el pasado indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta. Comienza por una excelente descripción del contexto geográfico y ambiental, basado no solo en estudios técnicos realizados en años recientes, sino también incorporando descripciones coloniales y de viajeros, lo cual hace no solo que la lectura sea grata, sino que además recuerda que el espacio físico es también lo que se imagine de él. Hay un verdadero estudio de cosmografía antigua y de relatos de conquistadores y colonos sobre estas tierras. Su trabajo continúa con la necesaria referencia a la historia de la investigación en la región, comenzando con Alden y Gregory Mason (y algunos de sus antecesores) hasta los autores más recientes, pasando por la formidable obra de Konrad Preuss y Gerardo Reichel-Dolmatoff. Identifica juiciosamente los principales cronistas y la gran variedad de documentos que se encuentran en el Archivo de Indias, en Sevilla.

Ciudades olvidadas continúa con el análisis de los antecedentes del poblamiento humano en la Costa Caribe Colombiana, recordando los principales debates sobre antiguas migraciones y sobre el espinoso asunto de la cronología, contrastando las diferentes propuestas que se han hecho al respecto. Luego, la autora se embarca en el tema de las sociedades de la Sierra Nevada que encontraron los conquistadores. Discute los asuntos relacionados con su organización política y social, el énfasis religioso que parecen haber tenido sus instituciones a la llegada de los españoles, así como —muy importante— la información de que disponemos sobre su organización económica, enfatizando un aspecto que a veces olvidan quienes trabajan en la región: que las comunidades explotaban diversas ecologías y mantenían lugares ceremoniales en diversos sitios; es decir que se movían, aspecto claramente relacionado con la diversidad ambiental que ofrece la Sierra Nevada y seguramente también con consideraciones ideológicas. La autora también hace un porme-

norizado resumen de lo que se conoce sobre las relaciones de intercambio de la Sierra Nevada con comunidades cercanas y alejadas, incluyendo los vínculos sobre los cuales tanto se ha especulado con respecto al Istmo centroamericano. Como en todos los temas que trata este libro, la autora provoca, insinúa y propone, en vez de llegar a conclusiones supuestamente irrefutables sobre los antiguos habitantes de la Sierra.

Por cierto, la autora advierte desde el comienzo que el título de su obra no se compromete con la idea —bastante cuestionable— de que existieran desarrollos verdaderamente «urbanos» en la Sierra Nevada. De nuevo, la idea de la autora no es llegar a conclusiones definitivas, sino la de presentar argumentos, contrastar e invitar a pensar. Un muy detallado capítulo hace una descripción pormenorizada sobre los aspectos de las «ciudades» encontradas en la Sierra: su organización espacial y relación con su organización política, el uso de espacios, la relación entre actividades fúnebres y espacios ceremoniales y de vivienda, los caminos, los cálculos de población que se han hecho, y los elementos constructivos, desde las grandes terrazas en lugares centrales de los asentamientos de la Sierra, hasta los aljibes encontrados en el seco litoral de las bahías del Parque Tairona.

El lector podrá o no estar de acuerdo con algunas de las sugerencias de la autora con respecto al pasado indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta. Ese no es el punto. En *Ciudades olvidadas*, el lector encontrará una obra muy completa sobre todos los temas relacionados con el pasado de los indígenas de la Sierra Nevada, repleto de sugerencias hechas a partir de un muy juicioso estudio de fuentes. El texto nos recuerda la importancia de las visiones amplias, ambiciosas, tan lamentablemente perdidas debido al auge de los papers especializados, donde la información académica se fragmenta horrorosamente y se presentan aspectos fascinantes del pasado en un lenguaje pesado y aburrido, ajeno al lector ávido de conocer historias que ayudan no solo a conocer más sobre el pasado, sino más importante aún, presentar mundos distintos que ayudan a cuestionar el nuestro. Con esta nota termina, precisamente, *Ciudades olvidadas*: recordando que el pasado no ha muerto, que sigue dolorosamente presente entre nosotros, como lo podrá evidenciar cualquier lector interesado en conocer un poco sobre la historia de este lugar del norte de Suramérica. Para el especialista, este libro brinda la oportunidad de conocer los trabajos realizados en la Sierra con lujo de detalles: el lector riguroso, formado en la academia, encontrará tanta información sobre el tema como es posible recopilar, además de las discusiones interesantes y sugerencias valientes que la autora proporciona a cada paso sobre cada tema estudiado.

Espero haber dejado al lector con ganas de leer este libro. No será defraudado.

Carl Henrik Langebaek Rueda
Profesor titular Universidad de los Andes, rector Uniempresarial,
Cámara de Comercio de Bogotá

Introducción

Introducción

Este trabajo, producto de una larga investigación de más de seis años, tiene como objetivo principal el análisis de las dinámicas sociales y posibles patrones y modelos de ocupación espacial desarrollados por los distintos grupos culturales que habitaron la denominada área cultural Tairona, en la Sierra Nevada de Santa Marta, en un marco cronológico que abarca aproximadamente desde el siglo VII hasta los años finales del siglo XVI. Cuando después de un largo proceso de resistencia, que duró casi cien años, estas dinámicas fueron deshechas por la invasión castellana, los asentamientos se vieron paulatinamente incapacitados para su correcto funcionamiento, y acabaron fatal y forzosamente despoblados.

Nos hallamos ante un tema, el de la historia de las antiguas sociedades indígenas de esta región, que ha suscitado un buen número de trabajos, tanto arqueológicos, históricos, antropológicos, etnográficos, lingüísticos, etc. Nuestro propósito, antes que inscribirnos en una disciplina concreta, y basada en mi formación como arquitecta e historiadora, es manejar materiales y metodologías procedentes de todas estas disciplinas, pues considero que sus diferentes miradas significan y aportan, todas ellas, sustanciales contribuciones para resolver la cuestión o preguntas que nos planteamos. De modo que entendemos que los materiales arqueológicos, por ejemplo, tan fundamentales en este tema, conforman un soporte básico de la investigación, al igual que otras informaciones provenientes de otros diversos dominios científicos, todos muy importantes en el estudio de los procesos históricos de estas sociedades, complementando y ayudando a comprender y explorar mejor los resultados del análisis que realizamos.

Una somera descripción de los materiales de los que partimos nos dará una idea de los complejos caminos transitados en esta investigación, y de las piezas con las que ha sido construida. Comencemos por los arqueológicos.

Los primeros trabajos arqueológicos sistemáticos realizados en la Sierra Nevada de Santa Marta y áreas adyacentes los debemos al arqueólogo norteamericano John Alden Mason, que como muchos otros científicos de la época, patrocinados por algunos de los

más prestigiosos museos y centros de estudios, fueron enviados a diferentes lugares de América para recaudar información y recolectar muestras. En este caso fue el Field Museum of Natural History, de Chicago, quien financió la expedición que Mason llevó a cabo en buena parte de las serranías del litoral del norte colombiano, donde éste pudo estudiar los yacimientos de la Serranía de las Bóvedas y el sitio conocido posteriormente como Pueblito o Chairama. Mason también realizó el reconocimiento de varios caminos prehispánicos de la Sierra, en una excursión etnográfica que realizó a través del territorio Kogui, recorriendo desde el río Frío, en la vertiente occidental, hasta Dibulla, al este de la vertiente norte, y cuyas anotaciones serían de vital importancia para los reconocimientos arqueológicos que en adelante se hicieron.

La expedición de Mason pudo recolectar importantes ejemplos de la cultura material de las comunidades indígenas de la región, entre las que se encuentran ajuares funerarios, urnas, entre otros, que por sus peculiaridades son referentes obligados para cualquier investigación sobre dichas sociedades. Mason, en un intento por justificar que se llevó las piezas a los Estados Unidos, en la última parte del historial de itinerario señala que, aunque en un principio la Academia Nacional de Historia había denegado el permiso de salida de Colombia de dicha colección, sin embargo, el Ministro de Instrucción Pública colombiano anuló la decisión de La Academia, y «decretó que la colección podría ser exportada», como al final se hizo, regresando Mason a Chicago en julio de 1922.

Según el mismo Mason, la finalización de su contrato con el Field Museum ocasionó un retraso en la publicación de los resultados del trabajo de campo, cuyos primeros datos vieron la luz en 1931, en *Report of Fieldwork*¹. Pero aún tuvieron que pasar unos años más para que se publicaran los análisis cuantitativos y descriptivos de todas las muestras que Mason recogió y estudió: «Objects of stone, shell, bone, metal», en 1936, y «Objects of pottery», en 1939. Y si bien la metodología de Alden Mason, más descriptiva, se aleja de otras prácticas aplicadas por algunos de sus contemporáneos, preocupados por las grandes incógnitas sobre el

poblamiento americano, la adaptación cultural y la evolución humana, las detalladas descripciones de Mason sobre la cultura material indígena fueron fundamentales porque con ellas se dieron los primeros pasos en el análisis científico de estas culturas. Algunos de los objetos recolectados por Alden Mason fueron adquiridos en 1932 por el Museum of the American Indian (Heye Foundation) y por la University Museum of Philadelphia.

A partir de 1931, otro investigador norteamericano, el antropólogo Gregory Mason, volvió a excavar en las áreas costaneras al este y sur de la ciudad de Santa Marta, donde pudo llevar a cabo trabajos en otro importante sitio, que él llamó en su momento Tairo, y sobre el cual anotaba que tenía la misma estructura que los del «área Tairona en las pendientes más bajas de las mismas montañas». Su tesis doctoral, *The Culture of the Taironas*, sustentada en 1938, entró a hacer parte de la colección de catálogos sobre cultura material en el área, y presenta una especial preocupación por la descripción detallada de diversos ajuares funerarios hallados en el litoral, utilizando como referencia comparativa los trabajos de Alden Mason. Los objetos recolectados por Gregory Mason en sus dos campañas en la región fueron entregados al University Museum of Philadelphia, al Museum of American Indian (Heye Foundation), y al Museo de la University of Southern California.

Estos dos investigadores norteamericanos conocieron de antemano los trabajos y la colección de objetos que el naturalista Herbert Huntington Smith había rescatado en las excavaciones llevadas a cabo en las tierras bajas de la Sierra Nevada de Santa Marta entre 1898 y 1902, y que reposan en el American Museum of Natural History de Nueva York.

Después de estos estudios, la arqueología en la región entró en un receso que duró varias décadas, y mientras éstos permanecían congelados por falta de atención e interés de las instituciones que en principio los patrocinaron, en cambio otros estudios, como los trabajos geográficos realizados por el profesor Ernesto Guhl, quien se preocupó por reconocer los desarrollos culturales y económicos asociados a los medios naturales, siguieron adelante. El trabajo de Guhl «La Sierra Nevada de Santa Marta» de 1950 sobre las condiciones geográficas y medioambientales en la región, fue producto de varios años de expediciones en la Sierra, llevando a cabo varias ascensiones a los picos nevados a los cuales llegó siguiendo la ruta de Orihueca a San Andrés, y realizando varias expediciones en diferentes zonas del litoral Caribe y tierras del bajo Magdalena hasta Mompo. Unos años más tarde, las investigaciones realizadas por el geógrafo James Krogzemis, destinadas a culminar sus estudios de maestría, produjeron como resultado en 1967 la tesis llamada *Historical geography of Santa Marta*, la cual constituye uno de los primeros estudios sobre historia del poblamiento y el uso del medio natural por las sociedades primitivas de la región.

Casi al mismo tiempo, la producción científica de Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán en los campos de la arqueología y la antropología, se convirtieron en referentes obligados para cualquiera que quisiera realizar estudios sobre las comunidades indígenas antiguas o contemporáneas en toda la región litoral y provincias vecinas, desde la Guajira hasta el golfo de Urabá. En la provincia de Santa Marta, sus trabajos se centraron en el litoral, especialmente en el sitio Chairama, realizados entre los años 1946-1950, y posteriormente en los ríos Ranchería y Cesar. Algunos de sus estudios más importantes son: «Contribuciones a la arqueología del Bajo Magdalena» de 1954; «Investigaciones arqueológicas en Sierra Nevada de Santa Marta» de 1955; y otros sobre el río Ranchería y el Sinú, de los años 1951 y 1956 respectivamente. La obra culmen de Reichel-Dolmatoff para los trabajos sobre los posibles desarrollos culturales en la Sierra Nevada y sus tierras adyacentes fue *Contactos y cambios Culturales...*, publicada en 1953, con una segunda edición aumentada y corregida en 1977.

Al mismo tiempo, Reichel-Dolmatoff adelantaba también sus trabajos antropológicos y etnográficos sobre algunas de las comunidades indígenas que habitaban la Sierra en ese momento, dedicándoles especial interés a los Kogui, tal vez en un intento por demostrar su relación con los pueblos antiguos que habían ocupado la región. Entre estos trabajos debe citarse: *Los Kogui una Tribu de la Sierra* de 1950, reeditado en 1985; *Conceptos biológicos de los indios Kogui*, de 1951; «Templos Kogui...» de 1975; «Training for the Priesthood...» de 1976; «The Loom of Life...», de 1978 y *The sacred mountain...* de 1990, entre otros. Además deben mencionarse los estudios etnográficos que llevó a cabo sobre algunas comunidades situadas al sur de la provincia, como «La lengua chimila» de 1947 y «Etnografía chimila, mitos y cuentos...» de 1956.

Los trabajos de Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán son especialmente importantes para la historiografía de la zona porque en ellos intentaron, a través de la antropología, ofrecer respuestas a algunas de las preguntas que la arqueología y la historia apenas comenzaba a formular.

A partir de aquí, y durante las décadas de 1960 y 1970, comenzó una nueva fase en los estudios sobre el pasado indígena de la Sierra Nevada, caracterizada por mayores esfuerzos recopiladores e interpretativos de los materiales históricos y arqueológicos. En estos años, a Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán se le unió el arqueólogo alemán Henning Bischof, cuya principal aportación sobre los indígenas antiguos de Santa Marta se condensa en su artículo «Indígenas y españoles en la Sierra Nevada...», que fue escrito en alemán en 1971 y traducido al español solo en 1983, en el que el autor recoge algunos documentos originales del Archivo de Indias e intenta contrastarlos con trabajos arqueológicos, tanto suyos como de otros investigadores. Sus estudios le permitieron

elaborar una cronología de los desarrollos culturales del litoral, que se convertiría en un hito para los análisis comparativos en la zona. Sus investigaciones arqueológicas se centraron en el sitio Chairama y en la Bahía de Neguanje a partir de 1961, y sus resultados están consignados en publicaciones como: «Contribuciones a la cronología...» de 1968; «La cultura Tairona en el área intermedia» del mismo año, «Una colección etnográfica...» de 1974, y «Arqueología Tairona» de 1991, entre otros.

Un poco más adelante, en 1971, el arqueólogo Carson Murdy realizó algunos reconocimientos en el litoral cerca de la ciudad de Santa Marta en dirección sur, y un par de años después llevó a cabo un proyecto de excavación en la Ciénaga Grande de Santa Marta, en la isla de Salamanca, donde acopió materiales y evidencias que mostró en su artículo «Cangarú: una economía marítima...» de 1973. Por asociación con otras excavaciones realizadas por Donald-Sutherland, también en la Ciénaga, publicó «Adaptaciones prehistóricas al ambiente litoral...» en 1979. Entre 1974 y 1975 Murdy llevó a cabo otro reconocimiento de la franja costera desde Santa Marta hasta el Cabo de San Juan de Guía, que tuvo como resultado su trabajo más importante sobre la región, «La economía y densidad de población...», publicado en 1975, en el que intenta explicar las posibles relaciones de complementariedad o dependencia entre las comunidades del litoral y de la Sierra.

Entre otras expediciones realizadas en la misma época, debe citarse el reconocimiento de las bahías de la costa norte realizado por Paul Bahn y patrocinado por la universidad de Cambridge, cuyo informe «Field Report» se publicó en 1973. Entre 1972 y 1973 Jack Wynn efectuó también excavaciones en la desembocadura del río Buritaca y en las estribaciones de la Sierra, entre los ríos Buritaca y Don Diego, hasta la cota 250 metros sobre el nivel del mar², donde tuvo la oportunidad de excavar uno de los pocos cementerios encontrados en el siglo XX. Estos trabajos ayudaron a la elaboración tentativa de nuevos esquemas cronológicos.

Los trabajos de investigación en la Isla de Salamanca y Ciénaga Grande fueron continuados por Carlos Angulo Valdés, quien publicó el trabajo: «Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta...» en 1978.

También en los años 70, pero fundamentalmente desarrollados luego en los primeros 80, comenzó una nueva fase de proyectos y estudios sobre la región, a partir de la presencia en la misma del Instituto Colombiano de Antropología (ICAN, luego ICANH, añadiéndosele la sección de Historia). El proyecto Sierra Nevada del ICAN constituyó el primer trabajo sistemático de reconocimiento y recuperación de esta región arqueológica, en su gran dimensión. Los reconocimientos comenzaron en 1973, y hasta el año 1976 los arqueólogos Luisa Fernanda Herrera y Gil-

berto Cadavid Camargo realizaron un registro sistemático para lograr la reseña y tipificación de sitios y/o asentamientos arqueológicos, en procura de un máximo de información que permitiera la futura planificación de proyectos concretos. El primer grupo de investigadores estuvo integrado por Bernardo Valderrama, Ana María Groot, Arturo Vargas, Jorge Morales y el arquitecto José Luis Mahecha; y ante la imperiosa necesidad de conformar un grupo multidisciplinar, fueron integrados después el ingeniero Guillermo Rodríguez, la antropóloga Carmen Lucía Dávila y la arquitecta Margarita Serje, entre otros³.

La prospección se extendió hasta marzo de 1976 y en ellas se cubrió en detalle un área de más de 1.800 km², obteniendo como resultado la ubicación inicial de más de 220 asentamientos arqueológicos, la mayoría con infraestructura lítica compleja. En 1976 se conformó el grupo que llevaría adelante la siguiente fase del proyecto, que se centraría en el asentamiento denominado Buritaca 200: la llamada hasta entonces Ciudad Perdida, tenía ahora nombre científico. Entre 1976 y 1979 se limpiaron y restauraron aproximadamente el 90% del total de las estructuras del sitio.

A partir de 1979, por una decisión de corte político, el proyecto pasó a ser dirigido por la Fundación Cultural Tairona, una fundación semiprivada, y hasta 1982 el ICAN no tuvo ninguna participación en los trabajos. Al año siguiente el Instituto pudo retomar los trabajos en el valle alto del río Buritaca. Algunos meses después, y a raíz del despliegue de prensa y medios de comunicación que ocasionó la visita de la brigada antinarcóticos de la Policía Nacional a la región, se destinó un nuevo presupuesto para hacer un reconocimiento intensivo de la misma. Surgieron así las prospecciones en el río Frío y la quebrada El Congo, en las cuales se registraron formalmente nuevos restos arqueológicos en las faldas occidentales de la Sierra.

El ICAN en colaboración con otras instituciones como Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN), la Corporación Nacional de Turismo, la Gobernación del Magdalena y la Fundación Pro-Sierra Nevada de Santa Marta, llevaron a cabo dos campañas sucesivas de reconocimiento, levantamiento e inventario de las estructuras de las vertiente de la quebrada El Congo y territorios anexos, tratando de establecer la jerarquía que este sitio pudo tener con relación a otros de la cuenca del río Frío. Además de las instituciones ya mencionadas, en el Proyecto Sierra Nevada participaron otras instituciones como el Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes y el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), que dieron apoyo en la formación en técnicas de excavación y mantenimiento de los sitios arqueológicos, además del Instituto Nacional de Recursos Naturales (INDERENA) ayudando a solucionar los problemas logísticos en los lugares de trabajo. Y en 1985 otras instituciones como la Universidad Nacio-

nal, las universidades de Antioquia, del Valle, del Atlántico, de los Andes y la del Cauca, colaboraron activamente en la realización de balances de las investigaciones y sobre las posibles proyecciones hacia el futuro de los proyectos que deberían llevarse a cabo en la Sierra Nevada⁴. Entre otras instituciones no académicas fueron importantes para velar por la seguridad del proyecto y de la zona, la comandancia de policía Seccional Magdalena, y el Resguardo Nacional de Aduanas, seccional Santa Marta.

Paralelamente a estas, se fueron desarrollando otras investigaciones particulares entre las que debe citarse el proyecto sobre medio natural y ecología dentro del marco del proyecto Ecoandes, inserto en el PNUMA, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, que pretendía hacer un estudio generalizado de las condiciones medioambientales de la Sierra Nevada de Santa Marta, bajo la dirección del profesor Van der Hammen, y cuyo objetivo general era el desarrollo de medidas para la eficaz protección de los ecosistemas de la Sierra. Como resultado de este proyecto fueron publicados diferentes trabajos especializados entre los años 1973 y 1984, como el estudio *Transecto Buritaca-La cumbre*.

También deben citarse los análisis comparativos de muestras de tierra que Luisa Fernanda Herrera llevó a cabo en colaboración con las universidades de Ámsterdam y Utrecht y el Instituto de Asuntos Nucleares de Columbia, entre 1980 y 1985, cuyos resultados se recogen en el artículo «Estudio de polen arqueológico...» de 1984. También hay que reseñar los levantamientos topográficos que se realizaron ese mismo año en Buritaca, con la colaboración de los arquitectos Peter Kellet y Angela Uribe, que elaboraron más de quince planos, aunque ninguno se haya editado hasta ahora.

Todos estos proyectos generaron una gran cantidad de material científico del cual muy poco ha sido publicado. La mayoría descansa en la biblioteca del ICANH, en fotocopias o mecanografiados, algunos incluso manuscritos, con interesantes diseños y bocetos realizados a pie de obra, como cuadernos de campo de antropólogos, arqueólogos, arquitectos e ingenieros, etc. Una de las tareas de nuestro trabajo ha sido precisamente recuperarlos, clasificarlos y ponerlos en valor. Algunos de ellos consiguieron ser editados en forma de artículos para revistas especializadas, de escasa o nula difusión y de un alcance mínimo para las investigaciones posteriores.

Citaremos aquí algunos de dichos trabajos. Sobre temas generales: de Cadavid y Herrera, «Manifestaciones culturales...» publicado en 1977; Valderrama y Fonseca, «Exploración en la vertiente norte...» de 1981; Uribe Tobón, «Historia de la Sierra...» de 1988; de Carl Henrik Langebaek quiero destacar tres trabajos que me parecen muy importantes: «Algunos aspectos de la economía...» de 1987, «Poblamiento prehispánico...» de 2005 e *Indios y Españoles* del 2007; Soto Holguín, *La ciudad perdida de los tayrona...* del año 2006. Entre los trabajos que tienen que ver con estudios cro-

nológicos se encuentran: Groot, «Una fecha de radiocarbono...» de 1980; Cardoso, «Nuevos aportes para el conocimiento...» de 1986; Oyuela, «Contribución a la periodización...» de 1986, Langebaek, «Cronología de la región arqueológica Tairona...» 1987. Entre los trabajos que hacen especial énfasis en los temas arqueológicos están, entre otros, los de: Cadavid y Groot, «Arqueología y conservación...» de 1985; Lleras, «Excavaciones de Salvamento...» 1985; Herrera Ángel, «El proyecto arqueológico Río Frío...» de 1990; Cardoso, «Uso y significados de las cuentas...» de 1987; Soto, *Buritaca 200...* de 1979; Oyuela, «Excavación de un basurero...» de 1986; y de Campo Mier, *Posibles pautas de enterramiento* de 1986 y *Contribución a la arqueología* de 1990.

Con relación a los temas que tienen que ver con sistemas de urbanización y arquitectura, debemos mencionar las obras de Margarita Serje «La infraestructura arquitectónica...» de 1980, «Organización urbana...» 1984, «Arquitectura y Urbanismo...» 1987 y «Las ciudades de Piedra» de 1985; entre las obras de Groot Saenz, «Manifestaciones recientes...» de 1991; de Lleras, «La utilización de las áreas libres...» 1987; de Maldonado, *Estudio sobre sistemas de contención...* de 1988; de Maldonado y Campo, «La ingeniería tairona» de 1995; y de Langebaek y Dever, «Estudio regional en las bahías...» y «De la Sierra Nevada...», ambas del 2002.

Entre los aportes más importantes en relación a la red de circulación y transporte prehispánicos ha de citarse el trabajo de Cadavid y Herrera, «Arqueología en la Sierra...» de 1977, donde encontramos un reconocimiento general de la red de caminos en la región y su clasificación de acuerdo con su estructura, conformación y acabados, un trabajo que apenas ha circulado. En 1990 Augusto Oyuela publicó su análisis sobre los caminos en el área Tairona desde el punto de vista de su función y significado, titulado «Las redes de caminos prehispánicos...», otro trabajo casi desconocido. Pero el mérito del trabajo de identificación y levantamiento de gran parte de los caminos o segmentos de caminos antiguos, se debe a los estudios que Guillermo Rodríguez realizó en la década de los ochenta, muchos de los cuales se encuentran aún inéditos. En los mapas que encontramos en el trabajo de Leonor Herrera «¿Por dónde pasan los caminos tairona?» del año 2000, otro estudio de escasa difusión, los caminos están identificados según la cantidad y fiabilidad de la información que en ese momento se tenía de cada uno de ellos, incluyendo tanto referencias históricas como su ubicación espacial, aunque su trazado en algunos casos fuese aproximado o tentativo.

En otro orden de ideas, pero con un énfasis muy especial, hay que mencionar la importancia que tuvieron las actividades de huaqueo y otro tipo de excavaciones informales en prácticamente todo el Departamento del Magdalena; pero sobre todo en la mayor parte de los sitios arqueológicos de la Sierra. Estas actividades que comenza-

ron con las masivas campañas de saqueo llevadas a cabo por los españoles en el siglo XVI, llegaron a significar después, en los siglos XIX y XX, un modo de ganarse la vida para muchas familias, y para otras un verdadero negocio. Las técnicas aplicadas por estos excavadores ilegales se transmitían incluso de generación en generación, hasta llegar a constituir una tradición y una profesión, la de «huaquero». Si a pesar de la expoliación sistemática y continuada durante casi cinco siglos, seguimos encontrando vestigios fantásticos de los pueblos que habitaron la zona, nos podemos hacer una idea de la extraordinaria riqueza material que llegaron a alcanzar. Sin embargo y a pesar del daño ocasionado, los propios huaqueros, baquianos y amplios conocedores de la región, han constituido una importante fuente de información para la ubicación de los sitios: unos aliados un tanto especiales de los arqueólogos y los historiadores.

Podemos afirmar, una vez analizados, que en estos trabajos anteriores se ha dedicado mucho más esfuerzo a la explicación, descripción y presentación de los objetos y sucesos acontecidos en el área en el último milenio, que a la identificación de sus causas. Por eso ésta presente investigación sobre «Las ciudades olvidadas» pretende fijar por un momento la atención de la comunidad académica sobre el impacto que ha tenido la invención de la leyenda de la «Ciudad Perdida», como así figura en muchas referencias, científicas o no, y en la construcción en esta región de los imaginarios de y sobre las comunidades indígenas, tanto antiguas como modernas, así como de sus identidades. Y es que las «ciudades» (si es que fueron tales) no están perdidas ni estuvieron «perdidas», sino que son y han sido «olvidadas».

Hemos querido utilizar el concepto de «ciudad» en el título de esta tesis a sabiendas de su inexactitud, para señalar la contradicción que supone considerar a Buritaca y otras «ciudades perdidas» dentro del marco conceptual de «lo urbano». Al usarlo, nos encontramos sometidos al concepto «moderno» de «núcleo central de una comunidad», a lo que se añade la existencia de un conjunto de «lealtades y obligaciones que tenía ésta para con el núcleo del que hacía parte»⁵.

Creemos que un estudio como el nuestro, que pretende recoger, comparar y contrastar las fuentes históricas y las arqueológicas más importantes sobre los pueblos que en la antigüedad ocuparon la Sierra Nevada, es pertinente y necesario, máxime en un momento en que, al parecer, los intereses particulares de las comunidades indígenas actuales por un lado, y el estado nacional por otro, confluyen en la construcción de nuevos modelos identitarios, que en las últimas décadas han venido a considerarse como «tradicionales», sin mayores apreciaciones ni demostraciones en cuanto a la temporalidad de dicha «tradición». Probablemente ninguno de los dos modelos, ni el de las comunidades actuales, porque las anteriores fueron exterminadas, ni el del Estado, porque pretende una construcción precisamente nacional, guarde la memoria de los pueblos

que crearon y ocuparon los que ahora son yacimientos arqueológicos. La construcción y recreación de las costumbres e identidades es un derecho que todo grupo cultural puede y debe ejercer, pero esta tesis pretende aportar a dichos proyectos de construcción de nuevos modelos la solidez de un estudio científico que les sirva de referente, y a través del cual podamos mirar hacia el pasado para construir el futuro con bases más sólidas, y sobre todo, conocerlo mejor y así respetar la memoria del tiempo y de la tierra.

Ya en el siglo XVIII, el cronista local Nicolás de la Rosa, al referir algunos ritos de los indígenas de la región, escribía que éstos eran heredados de sus antepasados, y que se trataba de «prácticas antiguas»⁶; y dos siglos más tarde Jorge Isaacs comentaba que al preguntar sobre el origen de algunos sepulcros antiguos, en su paso por la región, «los sacerdotes businkas y guamakas nada sabían»⁷ de ellas. Ello parece indicar que la «tradición cultural Tairona», si es que así se llamó alguna vez, había desaparecido hacía mucho tiempo.

Así, por más que hemos rastreado en las fuentes arqueológicas y documentales, parece llegarse a la conclusión que Tairona no existió como una sociedad unitaria y monolítica, sino que más bien fue una sumatoria de pueblos, sociedades o culturas con diferentes grado de organización, acumulados en el tiempo, fundamentalmente entre los siglos XI al siglo XVI, y como intentaremos demostrar, evolucionada y transformada por la conquista en su resistencia centenaria (de 1500 a 1599), para acabar aniquilada y destruida finalmente por los castellanos a fines del siglo XVI.

Comunidades que aunque hasta ahora se había pensado que guardaban una cercana tradición andina, las fuentes demuestran que se trataba de sociedades desarrolladas en el ámbito del Caribe, pero que poseían un notable conocimiento sobre los sistemas de aprovechamiento de recursos altitudinales. Según los restos arqueológicos, los asentamientos situados en la sierra corresponden a ocupaciones espaciales de comunidades procedentes de las tierras bajas; por tanto para poder comprender las dinámicas de funcionamiento de la Sierra debemos estudiarlas desde la Ciénaga Grande y desde las bahías. Es, por decirlo en pocas palabras, una cultura que sube a la Sierra, no que baja de ella.

Los modelos de ocupación partiendo de las zonas bajas de la Sierra, debieron iniciarse a partir de pequeños asentamientos dispersos en las zonas inferiores de los valles y quebradas, próximos entre sí, que fueron conformando núcleos articuladores de un espacio originalmente disperso, luego ascendiendo hasta los cursos medios de los ríos, desde los cuales se controlaba su interacción y el intercambio de los productos arriba y abajo de estos valles y quebradas. Con la llegada de los castellanos en el siglo XVI, dicha organización se vio obligada a cambiar su funcionalidad y pasaría de ser un modelo productivo a un modelo, fundamentalmente, defensivo, generando importantes cambios en el sistema de jerar-

quías y valores al interior de las comunidades. Pero dada la insostenibilidad de este modelo, debido al desmantelamiento de los sistemas de producción e intercambio, al perder la costa y las zonas bajas a manos de los castellanos, primordiales para el acceso a productos como la sal, el pescado y algunas frutas, las poblaciones indígenas se replegaron y se recluyeron en asentamientos situados cada vez más arriba, más apartados y de difícil acceso.

Es probable que esta haya sido la razón por la cual durante el siglo XVI se hubiera producido en la Sierra un aumento progresivo y significativo de la cerámica Crema o Habana, propia del litoral, que Dolmatof llamó «cerámica intrusa»⁸, puesto que las comunidades se vieron obligadas a desarrollar nuevas estrategias de sobrevivencia, entre las cuales estaba la mezcla o interacción con otros grupos también desplazados por la conquista desde otros diferentes lugares del territorio.

De ahí que intentaran pasar desapercibidos ante los invasores europeos. Una invisibilidad que llegó a su punto álgido con su destrucción definitiva a finales del siglo XVI. No hay por tanto una «ciudad perdida», hay infinidad de «ciudades» invisibilizadas, por sus propios habitantes primero y por sus verdugos después; «ciudades» que están esperando la mirada juiciosa de investigadores decididos a sumergirse en los documentos y en los trabajos arqueológicos, para rescatar, analizar y exponer su historia olvidada.

Las fuentes documentales tienen un valor especial para nuestro trabajo, en la medida que han sido, por lo común, escasamente trabajadas en los análisis realizados sobre estas sociedades que habitaron primitivamente la región. Comenzando por las crónicas y memorias de aquellos personajes que fueron protagonistas de los sucesos acaecidos durante el siglo XVI y de algunas (muy pocas) décadas del siglo XVII, el ciclo histórico en el cual podemos acceder a materiales escritos de primera mano sobre las sociedades que estudiamos. Merece la pena realizar una sumaria descripción de estas obras.

El primero de estos autores de crónicas o descripciones de la tierra y sus gentes fue Gonzalo Fernández de Oviedo, quien pisó las costas de la futura provincia de Santa Marta en 1514. Su crónica, *Historia General y Natural de las Indias*, fue publicada tempranamente en 1515. Oviedo regresó a la región entre 1522 y 1523, y posteriormente en 1532-1534, y con la información recogida publicó en 1549 una segunda edición corregida de su obra anterior, donde recogió toda la información de su experiencia en Santa Marta desde 1514.

Fernández de Enciso en su crónica *La suma de geografía...*, de 1519, y Pascual de Andagoya, en la *Relación de los sucesos...* firmada entre 1514-1541, ambos compañeros de Oviedo, nos dejaron también descripciones de primera mano tanto de los hechos de la conquista como de las características del territorio. Contemporáneo de los anteriores fue Pedro Mártir de Anglería, quien, aunque nunca visitó el continente, escribió entre 1494 y 1526, a partir de cartas,

entrevistas y otras crónicas, su obra *Décadas del Nuevo Mundo...* Tanto López de Gómara con su *Historia general de las indias...*, como Bartolomé de Las Casas con su obra *Apologética historia sumaria...* de 1561, son también una importante fuente de información.

Los testimonios del denominado cronista anónimo, autor de la *Relación de la Conquista...* de 1545, resultan muy reveladores sobre los primeros momentos de la invasión. En opinión de Restrepo Tirado y Juan Friede, su autor probablemente fue Antonio Díaz Cardoso, protagonista de muchos acontecimientos en Santa Marta entre aproximadamente 1529 y 1536. Este texto influiría bastante en los escritos de Antonio de Herrera, del cual pasaría la información a cronistas posteriores como Pedro Simón, y de éste a Fernández de Piedrahita.

El siguiente autor que escribió con especial detalle sobre el medio natural, los pueblos, las culturas, los tratados y las costumbres de las culturas antiguas y nuevas en la Provincia de Santa Marta, fue Juan de Castellanos, quien llegó a la región procedente de Cubagua en 1544 y que protagonizó algunas de las más importantes entradas en las áreas del «Tairo», como fue la famosa batalla en los pasos de Rodrigo junto a Pedro de Ursúa, sucedida en 1553. Su obra, *Las Elegías de Varones Ilustres...* fue escrita entre 1568 y 1601, en la ciudad de Tunja. Dicha crónica compuesta en versos endecasílabos agrupados en octavas reales, está dividida en cuatro partes, de las cuales solo la primera fue editada en Madrid en 1589. Las tres restantes tendrían que esperar varios siglos para ver la luz⁹. Sobre la obra de Castellanos tenemos que mencionar un estudio que nos facilitó en mucho el rastreo de los datos más precisos sobre la provincia de Santa Marta y los valles, y sierras del norte y occidente de la Sierra Nevada, perdidos en el mar de endecasílabos de las *Elegías*, la obra de Juan Marchena, *Desde las tinieblas del Olvido...*, editada en 2005 en Tunja y en 2008 en Caracas. Por su protagonismo crítico en buena parte de los sucesos acontecidos en la provincia de Santa Marta en el período en que permaneció en el territorio, Castellanos constituye nuestra fuente más importante para conocer el contexto real del mundo indígena de esta región en la segunda mitad del siglo XVI.

Otros viajeros que transitaron la provincia de Santa Marta y sus vecinas durante el siglo XVI, por diferentes circunstancias, y que dejaron algunas descripciones que, aunque muy parcializadas, aportan datos útiles para nuestro estudio, son Bartolomé de Aníbal (1578), que anduvo por las tierras del Valle de Upar; Ambrosio Fernández Mederos (1577-1578) que conoció Tenerife y sus cercanías, seguido por Bartolomé Briones Pedraza (1580); y Antonio Rodríguez de Medina (1579) que se adentró por tierras de Tamalameque... entre otros.

En la obra recopilatoria que iniciara Antonio Medrano y terminara Fray Pedro de Aguado, autores que llegaron a la Nueva

Granada en 1550 y 1561 respectivamente, utilizaron documentación que les permitió obtener información dispersa sobre la historia de la ciudad de Santa Marta desde su fundación hasta 1568; y ello es importante de señalar en cuanto no se descarta que Aguado tuviera acceso a los manuscritos perdidos de Jiménez de Quesada, otro de los testigos clave en las «entradas» a la Sierra. Se presume que esta obra de Aguado, titulada *Recopilación historial...* publicada, mutilada y censurada, a finales del siglo XVI, debió servir también como fuente para otro cronista posterior, Fray Pedro Simón.

La crónica del ya citado Antonio de Herrera *Historia general de los hechos de los castellanos...* escrita entre 1601 y 1615, adquirió gran importancia como fuente escrita, ya que a pesar de que el cronista no pisara nunca las tierras americanas, dio a conocer el contenido de muchos manuscritos inéditos que habrían sido enviados a la Corona en forma de cartas e informes.

La obra de Fray Pedro Simón, *Noticias historiales de la conquista...*, que se presume fue escrita hacia 1626, utiliza como bases documentales las obras de Aguado y Herrera, ya se indicó, pero su aporte más importante es la información que proporciona sobre los sucesos acontecidos entre 1585 y 1600, ya que ninguna de las obras anteriores alcanzó a tratar este período.

Hay que mencionar también la posterior crónica del obispo Fernández de Piedrahita *Historia General de la conquista del Nuevo Reino de Granada...*, escrita en la segunda mitad del siglo XVII, compuesta con base en sus propias experiencias durante su estadía en la región, y a través de la información que pudo recoger en Santa Marta durante su permanencia. Con Piedrahita termina la lista de los cronistas contemporáneos a los hechos que hemos estudiado en esta investigación.

Después de un largo período de silencio historiográfico durante el siglo XVII, excepto en casos muy concretos, en el siglo XVIII aparecen nuevos autores que informan y describen la provincia de Santa Marta y en concreto la zona de nuestro estudio. Comenzando el siglo debe citarse a Fray Alonso de Zamora con su *Historia General de la conquista...* de 1701, seguida por la obra de Nicolás de la Rosa *Floresta de la Santa Iglesia...* editada en 1756, una importante fuente documental para el período, ya que éste narra muchos hechos de los que hizo parte o entrevistó a testigos de los mismos. Del mismo modo debe ser considerada la obra de Antonio Julián *La perla de América...* publicada en Madrid en 1787, cuya importancia radica en que éste autor realizó el ejercicio de revisar las principales crónicas que habían tratado la historia de los siglos anteriores, y elaboró un compendio de los, para él, sucesos más importantes de la provincia de Santa Marta hasta finales del siglo XVIII, tratando con especial dedicación los temas de la cultura material de los pueblos nativos.

Entre los geógrafos dedicados al estudio de la provincia de Santa Marta durante esta época encontramos a Juan López de Velazco, quien nunca visitó América pero se dedicó a estudiar los documentos que hasta 1574 fueron llegando al Consejo de Indias, componiendo su *Geografía y Descripción de las indias...* También Antonio Vázquez de Espinosa, que fue misionero en la zona entre aproximadamente 1612 y 1621, y escribió basándose en su propia experiencia su obra *Compendio y Descripción de las indias...* y que ofrece muchos detalles sobre la zona de nuestro estudio. Otro cronista-geógrafo de interés para la región es Antonio de Alcedo y su *Diccionario Histórico-Geográfico de las Indias Occidentales...* editada a fines del siglo XVIII.

El principal archivo utilizado en esta investigación ha sido el Archivo General de Indias de Sevilla, donde han sido especialmente importantes las Secciones de Patronato, Justicia, Audiencia de Santo Domingo, Audiencia de Panamá y Audiencia de Santa Fe. Entre otros archivos revisados hay que citar el Archivo General de la Nación en Bogotá, secciones Encomiendas, Caciques e indios y Salinas; la Biblioteca Nacional de Madrid, obviamente la Biblioteca del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, la Biblioteca Luís Ángel Arango de Bogotá y el Centro de Documentación de la Fundación Pro Sierra Nevada, que se encuentra ubicado en Santa Marta.

Entre los tipos de documentos que hemos podido revisar debe mencionarse un largo catálogo de cartas, peticiones, informes de gobernadores, litigios y juicios, relaciones, probanzas, testimonios de autos, órdenes, instrucciones y reglamentos, etc. Son especialmente ricas en información las cartas de particulares dirigidas a las diversas instancias oficiales, ya que por lo general éstas representan una fuente de información directa; igual los informes de gobernadores a la Corona o a las Audiencias de Santo Domingo y Bogotá; y de idéntico modo las cartas e informes del Cabildo de Santa Marta. Si las analizamos en su conjunto, esta documentación nos proporciona un panorama general de la situación en la región, siempre desde el lado colonizador, obviamente, y particular en muchos casos. En estos informes, juicios, probanzas y testimonios, hallamos una gran cantidad de información de primera mano sobre estas comunidades indígenas y sus reacciones frente a las presiones de los invasores.

Otros documentos oficiales, como informes de visitantes no fueron significativos en la provincia de Santa Marta dado el número reducido de visitas generales que se llevaron a cabo en la región, y las pocas que tenemos nos dejan un panorama bastante fragmentado en cuanto a datos sobre la población que aquí nos interesa. Al fin y al cabo, los pueblos se iban replegando Sierra arriba, lejos del alcance de los conquistadores. Entre los informes revisados rescatamos la visita de Narváez en 1572. Y ya, fuera de

nuestra época directa de estudio, pero intentando encontrar nexos con el tiempo dejado atrás, analizamos el informe tributario y sobre las encomiendas de 1623 y 1627 respectivamente, y la visita que se realizó para actualizar el número de las encomiendas de 1661; y de finales del siglo XVII encontramos una visita en 1691 que fue encomendada al padre Juan Cuadrado. Posteriormente hemos podido manejar las visitas de 1718, en las cuales el gobernador José Mozo de la Torre recorrió la provincia e hizo una relación de todos los pueblos de indios que halló a su paso, así como la visita de Alcalá Galiano en 1748.

Otras visitas importantes son las eclesiásticas, pero mucho más tardías; es el caso de la información que proporciona el jesuita Antonio Julián, quien acompañó al Obispo en su recorrido en 1757, aunque este informe se limita a los pueblos aliados de los Chimilas en las riberas del río Grande. En 1776 hay otra salida del Obispo, pero la visita no fue concluida y por lo tanto no ofrece una imagen confiable sobre el verdadero impacto de la crisis demográfica en la región. La primera conclusión que se obtiene de todo este material es el hecho dramático de que, a partir de las primeras décadas del siglo XVII, ya no hay indígenas que visitar en la zona de nuestro estudio en la Sierra Nevada.

No todos los documentos históricos han sido consultados directamente en los archivos. Hay mucho material editado y recopilado. Entre las compilaciones documentales más importantes que hemos usado citamos aquí la *Historia de la provincia de Santa Marta* de Restrepo Tirado, publicada en 1929 en Sevilla, y solo hasta 1953 reeditada en Colombia. Esto nos indica el poco interés que tradicionalmente ha despertado para este tema el manejo de información primaria. Esta obra incluye gran cantidad de información de documentos inéditos del Archivo General de Indias. Otras compilaciones importantes que hemos usado y que por cierto muy rara vez aparecen citadas en las obras sobre el tema y la región (lo que de nuevo indica que estos materiales, para nosotros fundamentales, se han usado muy escasamente) son las colecciones de documentos recogidos por Juan Friede: *Documentos inéditos para la historia de Colombia...*, una obra extensa de 10 volúmenes que se publicaron entre los años 1955 y 1963; el *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada...*, que abarca el período entre 1536 y 1539, basada en documentos del Archivo General de Indias y publicada en 1960; y *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino*, una obra de ocho volúmenes que fueron editados en 1975 y 1976. La gran cantidad de documentos de archivo que hasta la fecha no habían sido ni localizados ni trabajados, convierte a estas obras recopilatorias en fuentes imprescindibles para quienes pretendan estudiar la historia de los pueblos indígenas originarios de la región. Cabe señalar que aunque estas producciones son una fuente invaluable de información, las referencias a las

fuentes originales no están claramente indicadas en todos los casos, lo cual representa una dificultad importante cuando el investigador pretende dirigirse a las matrices de información.

Debe citarse también la recopilación documental titulada, *Más sobre la historia de Santa Marta...*, que Roberto Arrazola recogiera en el Archivo General de Indias y publicara en 1975, en la cual se recogen cartas e informes sobre algunos de los sucesos más importantes hasta principios del siglo XVII, y aunque la mayoría de ellos se encuentran en copias facsímiles difíciles (si no imposibles) de leer para los poco avezados que pretendan acercarse ellas, los documentos que contiene hacen referencia a importantes acontecimientos del período.

Otro material muy revelador para esta investigación han sido los diarios o crónicas de viajeros, publicadas a lo largo de los siglos XIX y XX. Para mediados del siglo XIX la curiosidad de muchos científicos e ilustrados de la época les llevó a emprender travesías por la zona de nuestro estudio, que quedaron consignadas en relatos y diarios. Las anécdotas acerca de la expedición que iniciara el geógrafo francés Eliseo Reclus a la Sierra, con la intención de fundar una colonia anarquista entre los koguis de San Antonio, quedó registrada en su libro *Viaje a la Sierra Nevada...*, que publicara a finales del siglo XIX. Esta aventura casi le costó la vida en 1856, derrotado por la fiebre amarilla, la acción de los elementos, las dificultades de transporte, la indiferencia de los nativos y hasta la desidia de un socio francés que se consiguió en Riohacha. Otro diario es el de Charles Saffray *Viaje a Nueva Granada...* publicado en 1869, en el que encontramos descripciones de fascinantes piezas que los huaqueros extraían de los sitios prehispánicos y que vendían a los extranjeros.

Frederichk A. A. Simons reportaba en 1878 una variada información consignada en su obra *Sierra Nevada de Santa Marta...* publicada en 1882, en la que encontramos interesantes descripciones geográficas y de las formas de vida de las comunidades indígenas que halló en la zona y datos sobre los restos arqueológicos que encontró en la región. Otro viajero fue Wilhelm Sievers, un geógrafo alemán que pasó cuatro meses vagando entre la sierra del Perijá y las faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta, y quien publicó algunos trabajos en alemán sobre su experiencia, entre los que están su libro de viajes *Reise in der Sierra Nevada de Santa Marta* editado en 1887, así como un artículo científico sobre la geología y la geografía física de las dos sierras mencionadas, «Die Sierra Nevada de Santa Marta...», y un texto de difusión sobre «Los indígenas Arhuacos...» de 1886, entre otros trabajos que no han sido traducidos hasta hoy.

Hay un personaje a destacar entre estos viajeros o visitantes a la región en el siglo XIX, el escritor colombiano Jorge Isaacs, famoso por su novela *María*, el cual fue comisionado por el gobier-

no liberal en 1883 para realizar una visita a diversas zonas de lo que en ese momento era el Estado Soberano del Magdalena. Fruto de su estancia en aquella región y sobre todo, sorprendido por la riqueza en historia y tradiciones de la Sierra Nevada y por la maravillosa y desconocida cultura antigua que encerraban sus valles, publicó en 1884 su casi desconocido *Informe sobre las tribus indígenas del Magdalena*, una obra de gran factura y contenido, muy completa para su tiempo, en la que da cuenta de numerosos detalles que tienen que ver con el presente (en ese momento) de las sociedades indígenas de la Sierra y que ha sido fundamental para nosotros porque aporta numerosos datos sobre el pasado de estos indígenas. Una obra de un extraordinario interés ya que señalaba el hecho que para 1884 la tradición «Tairona» era solo un recuerdo entre los numerosos indígenas, entre ellos koguis y arahuacos, que ahora habitaban la región, y quienes le suministraron una enorme cantidad de información sobre «los antiguos pobladores de la Sierra». Isaac fue testigo, además de cómplice, del intenso y depredador huaqueo que estaba siendo llevado a cabo por cientos de personas en toda la antigua área Tairona. Lamentablemente, una parte de esta preciosa información recogida por Isaac se encuentra actualmente desaparecida, entre ellos sus dibujos de campo, y una amplia colección de piezas que recogió a lo largo de su travesía, las cuales el autor menciona constantemente a lo largo de su obra. Es posible que en algún lugar, en algún archivo, en algún anaquel perdido, también «olvidados», reposen estos testimonios fundamentales, sin que sus cuidadores sepan de qué se trata.

Un poco más adelante, en 1913, llegaba a la región el etnólogo Konrad Theodor Preuss con el apoyo del Museo Etnográfico de Berlín. Fue el primero que procuró llevar a cabo un trabajo especializado y científico en la zona, alejándose del aficionado, del aventurero, del curioso o del viajero ocasional, que habían precedido a los arqueólogos-académicos hasta ese momento. Los resultados de su expedición a la Sierra Nevada quedaron plasmados en la *Visita a los indígenas Kagaba...* escrito en 1915. Preuss no regresaría a su país sin llevarse una importante colección de piezas de Santa Marta (y también de San Agustín, entre otros sitios) las cuales aún permanecen en el Museo Etnológico de Berlín, con las que organizó una exposición, que según sus propias palabras, tuvo un éxito comparable con el de las exhibiciones sobre el antiguo Egipto.

Siguieron llegando a la Sierra otros académicos, como el etnógrafo sueco Gustaf Bolinder, quien recorriera la provincia varias veces en 1914, 1915 y 1920, resultando de estas visitas un trabajo sobre arqueología y cultura material titulado *Urn burials...*, y un trabajo de corte antropológico, *Los últimos indígenas Chimila*, publicado en alemán en 1924 y solo traducido al español en 1987.

Unos años después, el climatólogo australiano Griffith Taylor, procedente de la Universidad de Chicago, se aventuró a realizar

el ascenso hacia los picos nevados de la Sierra, a través de la cuenca del río Frío, dejando una descripción detallada sobre dicho valle y algunos pueblos de indígenas de la región, con interesantes dibujos y grabados. De esta expedición surgió el libro «Settlement zones of the Sierra...» publicado en 1931, de nula circulación en Colombia.

En resumen, un material informativo el de estos cronistas y viajeros o científicos y expedicionarios, diverso, disperso, difícil de encontrar y trabajar, aquí creo que reunido y citado en su conjunto por primera vez, pero fundamental para estudiar la realidad de la población indígena de la Sierra durante los siglos XIX y siglo XX, y, sobre todo, en el tema que nos ocupa, para conocer cuáles eran los relictos de las sociedades originarias conservados en la zona, y los vestigios que en esta nueva población asentada lentamente sobre la sierra, a lo largo de los siglos XVIII y siglo XIX, habían quedado de los antiguos habitantes.

Importante y fundamental ha sido, por último, y hay que destacarlo en esta relación de fuentes y materiales utilizados para la realización de la Tesis, el trabajo realizado en la biblioteca del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, en Bogotá. Un trabajo para el que hemos contado con la colaboración inestimable del joven historiador e investigador Ramiro Sánchez. Esta institución es la depositaria de gran cantidad de cuadernos de campo, informes, inventarios, tesis, planos y proyectos, estudios y propuestas, la inmensa mayoría sin publicar, entre los que se encuentran buena parte de los datos recogidos en el proyecto realizado por investigadores del Instituto y dirigido desde él, en la Sierra Nevada, a partir de 1973 y hasta su finalización, en la década de los 80; materiales que representaron un aporte invaluable a esta investigación, para el análisis arquitectónico de los yacimientos arqueológicos aquí estudiados, en cuanto nos ha permitido cotejarlos con los datos históricos y elaborar así un análisis espacial de estos asentamientos.

Debemos citar, también por su importancia, los materiales conservados en el Centro de Documentación de la Fundación Pro Sierra Nevada de Santa Marta, que constituyen una colección especializada de obras relacionadas con la región estudiada, entre los cuales se encuentran interesantes trabajos, informes, estudios, diagnósticos, análisis y proyectos, así como manuales y cartillas y otros documentos de estudio y también de difusión, que tienen que ver con temas del medio ambiente u otros asociados y su relación con los grupos culturales que desarrollan su actividad en la Sierra, así como sus formas de adaptación al medio, tanto en la antigüedad como en la actualidad. La Fundación ha sido un importante patrocinador de trabajos de reconocimiento y rescate de yacimientos arqueológicos en la región, así como de proyectos de carácter social, entre otros, faceta que se evidencia en el material

documental de su biblioteca. No podemos dejar de destacar la ayuda que en este caso, y en la propia Santa Marta hemos recibido de los investigadores y profesores Edgar Rey y Simón José Esmeral Ariza.

Queremos añadir que para esta investigación ha sido necesario construir y elaborar, de forma muy paciente y menuda (y dificultosa, porque en principio ni era nuestro objetivo principal ni nuestra especialidad) un marco geográfico-temporal (aplicado a nuestro periodo de estudio) en el cual quedasen mostrados y analizados los diversos escenarios de la región a analizar; escenarios geográficos dotados de tan gran diversidad biológica, ecológica y climática, como para explicar el desarrollo de sociedades que, dotándose de técnicas y sistemas de organización adecuados y superiores, les permitió alcanzar un alto nivel de demográfico, económico y cultural, construyendo sistemas espaciales complejos, que poseían además un alto contenido simbólico, y altamente capacitados para el aprovechamiento de la mayor cantidad de los recursos que ofrece este medio natural tan diverso a la par que tan complejo y difícil.

Unas palabras ahora sobre el armazón de esta obra: El Capítulo 1, «Medio natural y territorio» está compuesto por dos apartados, en el primero de los cuales se analiza el entorno natural, geográfico, climatológico, ecológico, topográfico y edafológico de la formación natural llamada Sierra Nevada de Santa Marta, y los ecosistemas que forman parte de ella, para poder, en la segunda parte de este capítulo, explicar la alta diversidad de los sistemas naturales de la cara norte y occidental de la Sierra, los que permitieron que se desarrollaran en ellos grupos culturales complejos, ocupando variados nichos ecológicos situados en un horizonte vertical de ecosistemas complementarios, los que nos aportaron los elementos necesarios para comprender el posible funcionamiento de las estructuras localizadas en dicha región y cómo fueron sus construcciones espaciales.

En el Capítulo 2, «La Sierra Nevada, un territorio cultural», se analizan los diversos flujos de poblaciones que transitaron la región Caribe, incluyendo la costa norte de Suramérica y parte de la costa centroamericana, para identificar luego los posibles grupos que trashumaron la costa norte de la actual Colombia, con miras a explicar los procesos de colonización de los territorios de la Sierra Nevada y sus territorios adyacentes, y poder señalar más claramente cuáles fueron las sociedades que se asentaron definitivamente en este territorio y cuáles sus mecanismos de adaptación.

El Capítulo 3, «Las altas culturas de la Sierra Nevada», intenta ofrecer una visión en profundidad de estos grupos culturales —ya mencionados en el capítulo anterior— que habitaban la región, y cómo fue su relación con los sistemas naturales identificados en el Capítulo 1. Nos interesa mostrar aquí la localización

de los diferentes grupos en las subregiones o posibles territorios culturales, las posibles organizaciones políticas y administrativas en las que se basarían estos grupos culturales, y cómo pudo ser la relación entre ellos. Además se intenta reconocer, a través de las expresiones religiosas, los rasgos de sistema o sistemas religiosos y su relación con las organizaciones políticas y administrativas; y reconstruir, por último, a partir del análisis de los modelos clásicos de control vertical y manejo de nichos ecológicos o de islas productivas, el modelo o los modelos de producción que se ajustaron al patrón de los sistemas culturales y espaciales de esta región cultural, atendiendo con especial cuidado a los ciclos agrícolas, a la posible especialización productiva, a los tipos de productos y a las formas de organización del trabajo, así como a los mecanismos y formas de intercambio y de redistribución de bienes y trabajo, y a las posibles rutas y modos de circulación.

El Capítulo 4, «Distribución y ocupación del espacio», pretende colocar y ubicar todos los elementos que hemos señalado anteriormente en su respectivo paisaje cultural, intentando identificar las estrategias de ocupación de los diferentes espacios, para comprobar si estos grupos desarrollaron un modelo o modelos de ocupación. Dicho análisis lo realizaremos desde cinco items principales: el primero medirá la relación entre el espacio ocupado con el entorno y el aprovechamiento de los recursos que se encuentran en éste; el segundo, indagará en las posibles especializaciones geográficas, esto es, la posible discriminación de los espacios a partir de los sistemas de producción; el tercero tiene que ver con las posibles tipologías de organización espacial reconocidas en los diferentes asentamientos; el cuarto trata sobre cuál pudo ser la población y cómo pudo estar distribuida dentro de cada uno de los asentamientos; y el último, está relacionado con la formas de comunicación entre los diferentes sitios y lugares estudiados.

El Capítulo 5, «Los componentes del paisaje habitado», contiene el análisis pormenorizado de cada uno de los items que hemos tratado en el capítulo anterior, agregando el estudio del objeto arquitectónico dentro del espacio, y todo lo que éste conlleva. Para este análisis hemos dividido este capítulo en siete apartados, donde se estudian desde las técnicas y materiales constructivos de las diferentes estructuras presentes en los asentamientos, los detalles sobre los espacios habitacionales, de poder, de administración, lugares sagrados o espacios públicos, describiendo sus características formales, estéticas y funcionales; considerando además de las formas particulares de habitar cada uno de los espacios, los posibles lugares dedicados a la producción existentes al interior de los asentamientos, detallando, en la medida de lo posible, qué tipo de producción, artesanal o de alimentos se realizaban en ellos, así como los espacios de almacenamiento y la posible relación que tenía este uso con la forma y utilización del

lugar. Y en el último apartado, se analizan las vías de circulación y transporte que conforman el sistema de comunicación dentro del asentamiento, y entre éste y otros sitios y lugares.

Por último, en el Capítulo 6, «La invasión de la Sierra», se cierra el ciclo de estudio sobre estas sociedades, analizando su final a manos de los colonos de Santa Marta y otros núcleos, aportando una visión general del proceso crítico que sufrieron las estructuras culturales, políticas, religiosas, económicas, espaciales, etc., a lo largo de casi un siglo de guerra y resistencia, desde la llegada de los castellanos hasta la desaparición definitiva y la destrucción del mundo indígena que hasta ahora hemos estudiado, partiendo de un recorrido histórico por los acontecimientos más importantes que durante el siglo XVI obligaron a las comunidades indígenas y sus asentamientos a refugiarse en las alturas y mantener una larga lucha de resistencia contra los invasores blancos. Este capítulo termina con la explicación de cómo, cuándo y por qué se organizaron desde la costa las campañas de exterminio final llevadas a cabo contra estos pueblos a fines del siglo XVI.

A lo largo de esta investigación, y como se muestra en estas páginas, hemos podido comprobar cómo los artífices de esta gran civilización que ocuparon las caras norte y occidental de la Sierra Nevada elaboraron una de las culturas más complejas del Caribe, y, como deducimos a lo largo del trabajo, menos estudiadas también; y cómo resistieron al fuego que, a lo largo de todo el siglo XVI, arrojó sobre ellos el proceso de conquista castellana. En su lucha por la sobrevivencia, estos pueblos tuvieron que desarrollar sofisticadas estrategias de resistencia y adaptación, no solo frente a un medio ambiental donde se habían desarrollado, muy complejo, duro y difícil, sino además frente a una progresiva presión que los iba encajonando en los lugares más altos y por tanto más inaccesibles de la Sierra para los invasores. La imposibilidad de manejar los diferentes nichos ecológicos que fueron poco a poco perdiendo, sobre todo los de la costa, pero también los de las zonas bajas de los valles, les forzó a realizar periódicos ataques o razzias contra estos sitios costeros, ocupados por los colonizadores, en procura de abastecimientos, cuya respuesta por parte de los colonos fue organizar también razzias u operaciones de castigo, subiendo hasta sus asentamientos, con el firme propósito de exterminarlos. La última de ellas, en 1598-99, fue la definitiva. Fue el momento en el cual las «ciudades», como decían los castellanos, «se perdieron» o quedaron para siempre «olvidadas». Nada quedó para recordar.

Estas sociedades o pueblos que aquí estudiamos fueron conocidos por los contemporáneos, especialmente los colonos, y por lo que luego escribieron sobre ellos, por el nombre genérico «Taironas». El término Tairona se amplió para designar, indiscriminadamente y sin muchas explicaciones, a un amplio grupo de diferentes comunidades indígenas que ocupaban la Sierra y sus inmediaciones. Este

término sirvió y ha seguido sirviendo lo mismo para nombrar a un valle situado al este de la ciudad de Santa Marta, que a una ciudad, que a un complejo arqueológico, un parque natural, una costa o incluso al macizo montañoso de Sierra Nevada... Lo cierto es que, como escribió Henning Bischof, «la realidad histórica nunca conoció una tribu Tairona en el sentido que le asignan los escritores desde Piedrahita en 1688, hasta Dolmatoff en 1965»¹⁰.

En esta investigación acabamos concluyendo que este término Tairona debe ser revisitado, o al menos reinterpretado y reubicado, tras el análisis de los flujos culturales que afectaron a la fachada Caribe de la Sierra Nevada de Santa Marta en los primeros 1.500 años d.n.e. Flujos e influjos que hicieron posible la conformación de una tradición general, sumatoria de varias distintas aunque semejantes, en la que a partir de los siglos X y XI y hasta finales del siglo XVI, puede hallarse una relativa homogeneidad, desde luego siempre impregnada de matices culturales diferentes, anteriores, y tanto interiores y exteriores.

Así, si queremos interpretar lo *Tairona* con mayor rigor científico, habremos de entenderlo como una «tradición cultural», resultado de un sumatorio de prácticas culturales, antes que como un lugar concreto o una cultura concreta y específica, la que debió ocupar un territorio conformado por un fragmento de costa, baja y tropical, y su piedemonte, más las vertientes de los ríos encajonados en profundas quebradas que allí desaguan, hasta los ± 2.500 m.s.n.m.; y comprendiendo, al norte, desde la ciudad de Santa Marta hasta aproximadamente el río Ancho, al oriente, (± 80 km en línea recta), y al sur desde dicha ciudad hasta el río Sevilla (± 25 km).

En este trabajo utilizaremos en adelante el término Tairona para referirnos al resultado de la acción de esta sumatoria de sociedades o grupos en diferentes grados de evolución que compartieron un espacio geográfico determinado; que ocuparon un tiempo concreto, desde al menos el año 1100 al 1600 d.n.e.; y que lograron alcanzar un sólido estadio de desarrollo basado en la creación de complejos mecanismos de intercambios económicos y culturales a partir del manejo de una red de nichos ecológicos, a manera de islas productivas; lo que se tradujo en la existencia de una cierta homogeneidad cultural —o al menos en la presencia de ciertos rasgos comunes— entre estos diversos grupos locales que ocupaban la costa, el piedemonte y las vertientes norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta ya a comienzos del siglo XVI. Cuando se produjo la invasión europea, estos grupos soportaron el impacto de desigual modo: unos pactaron, otros se resistieron, y aún otros adoptaron ambas posturas o las alternaron, pero casi todos se mantuvieron en la zona durante décadas, sufriendo y autogenerando cambios y adaptaciones de mayor o menor grado, motivados por la presión que sobre ellos ejercieron los nuevos conquistadores llegados de ultramar. Una presión que

tampoco fue homogénea ni temporal ni espacialmente. Todo ello mixturado en un proceso histórico que terminó con la sujeción, reparto y extinción de la mayor parte de estos grupos a manos de los conquistadores, y la expulsión y desocupación de sus territorios a comienzos del siglo XVII.

Esta tesis no pretende construir ni alimentar identidades, ni extender generalidades sin base científica, ni participar de procesos de regeneración cultural o de etnogénesis, como se ha venido haciendo en las últimas décadas en la región de nuestro estudio. Ha existido mucho de exaltación de valores, como expresa Wilhelm Londoño, que sacados de sus contextos, han sido cargados de otros significados y puestos en circulación nuevamente por parte de sociedades y personas, indígenas o no, de la región¹¹. La poca a poco rescatada riquísima cultura material de la zona, ha servido para construir un pomposo discurso acerca de una «nación indígena» unificada bajo el nombre Tairona, rica y próspera, exaltando imaginarios, e intentando hacer coincidir, la más de las veces forzosamente y con escasa información, circunstancias propias de aquellas culturas antiguas con las propias de las realidades de los pueblos indígenas contemporáneos que habitan la región, deformándolas, apretándolas, sin que eso les aporte cambios en sus siempre muy duras condiciones de vida.

Los testimonios recogidos por Jorge Isaacs a finales del siglo XIX, sobre mitos tan lejanos que ya ningún anciano podía explicar, leyendas sobre personajes que nadie recordaba, sitios sin dueños y tumbas que nadie reclamaba, nos lleva a pensar que, para entonces, ese mundo antiguo, 300 años después de su destrucción por los invasores europeos, no existía más. Pero se crearon y se siguieron creando instantáneas de un mundo repleto de magia, perdido en la penumbra del tiempo. Hoy está todo confundido. Las ciudades perdidas de las que indígenas, científicos, turistas, viajeros, huaqueros, campesinos, etc., hablan, siguen siendo vistas como mágicos lugares donde pueblos antiguos construyeron un mundo sobrenatural, con dibujos indescifrables, ángulos imposibles, alturas sobrehumanas y un arte muy avanzado para su tiempo, concluyen. Pero todo se explica sin respeto a la veracidad debida a las comunidades que ahora ocupan estas tierras.

En realidad, no hay nada de magia en todo esto. Simplemente tratamos de estudiar y conocer, con la rigurosidad del estudio científico, una de las más complejas y completas sociedades de la historia de la humanidad en el continente americano. Y tratamos también de aprender de ellas, de su sabiduría y de su formidable capacidad de organización, que les hizo posible crecer, crear y desarrollarse de la manera como lo hicieron. No hay ciudades olvidadas, porque la memoria de los pueblos siempre es obstinada.

Medellín-Sevilla-Lisboa, 2008-2018

¹ Todas las referencias de las obras citadas en esta Introducción, se hallan en la bibliografía final y en los capítulos que siguen.

² En adelante m.s.n.m.

³ Cadavid Camargo, Gilberto, Informe sobre el proyecto Sierra Nevada de Santa Marta 1973-1986, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1986.

⁴ Ibid., p. 11.

⁵ Al respecto puede verse el interesante trabajo de Sequeira, Marta, «Rethinking Le Corbusier: urban design and history», en *Journal of Architecture and Urbanism*, 2016, n. 40:2.

⁶ De la Rosa, José Nicolás, Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Santa Marta (1736), imprenta de don José Esteban, Valencia, 1820, p. 201. Editada posteriormente en la Biblioteca de Escritores Costeños, vol.I, Publicaciones de la Biblioteca Departamental del Atlántico, Barranquilla, 1945.

⁷ Isaacs, Jorge, Las tribus indígenas del Magdalena (1884), editorial María Teresa Cristina, Universidad del Valle, Cali, 2011, cap. II: «Lo preciso de Historia».

⁸ Reichel-Dolmatoff, Gerardo, «Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta», partes 1 y 2, en *Revista Colombiana de Antropología*, v. II, n. 2, Bogotá, 1954, p. 147.

⁹ Los manuscritos originales de Elegías de Varones Ilustres se encuentran en la Colección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscrito 3022, y en la Colección Muñoz de la Real Academia de la Historia, Madrid, n. 70 y 71.

¹⁰ Bischof, Henning, «Die Spanisch-indianische Auseinandersetzung in der Nördlichen Sierra Nevada de Santa Marta (1501-1600)», en *Bonner Amerikanistischen Studien*, n. 1, Bonn, 1971, p. 84.

¹¹ Londoño, Wilhelm, «Ficciones arqueológicas como orientadoras de biografías ciudadanas: por qué des-patrimonializar el patrimonio arqueológico nacional», Jangwa Pana, *Revista de antropología*, Unimagdalená, Santa Marta, 2011.